

Publicado en eukonews con el número 471 el día 30 de enero de 2009 (una semana en la página)

## Un vagabundo por el País Vasco.

En mis tareas de ordenar correspondencia destinada a Ignacio Zuloaga, que se encuentran en su preciado archivo de Zumaya, me encontré con una carta de Walter Starkie que me llamó poderosamente la atención pues su texto, con variantes, lo había leído años atrás en su novela *Aventuras de un irlandés en España*.

Considero muy interesante darla a conocer y cotejar su contenido con lo narrado por ese escritor en este interesantísimo libro de viajes, editado en 1934, tres años después de la carta.

Ésta fue escrita sobre papel timbrado: “Hotel Windsor, sur la Grand Plage. Biarritz”, redactada en francés, que traduzco.

*17 de Julio de 1931.*

*Querido Maestro,*

*Le conocí en Madrid hace varios años con mis amigos Manuel de Falla [1] y Alberto Jiménez. Usted me prometió venir a Irlanda para ser el huésped de un pueblo que tiene tanto amor para las aspiraciones del pueblo vasco. Ahora soy yo el que visita su pueblo para estudiar las costumbres y sobretodo las canciones y las danzas populares. Usted me dijo que le visitara en Zumaya y entonces lo haré pero llegaré a la puerta de su palacio como un "juglar" mendigando música. Estoy recorriendo España con mi violín "espulgándome de vez en cuando y faziendo cantares para ... (no legible) y danzadoras". Quisiera pedirle informaciones sobre los cingaros del norte de España pues sé que usted es un verdadero "romani" (gitano) siempre fuerte y ...(no legible). Entonces, maestro, si llego mañana o pasado mañana a su puerta no me suelte sus perros.*

*Firma: Walter Starkie, " profesor de la Universidad de Dublin. Director del teatro Nacional Irlandés"*

Walter Starkie manifiesta en su prefacio que “he intentado describir un viaje veraniego que hice a solas y a pie por España, ganándome la vida como trovador errante”. Me sirvo de la edición realizada por Espasa Calpe, S.A., 2006. Comprensiblemente, querer resumir 139 páginas que dedica a relatar el paso por las Vascongadas, en tres folios, me es complicadísimo, como se apreciará.

El vagabundo, irlandés, <<gordo, harapiento y pícaro>>, entró en Guipúzcoa de noche, en lancha, desde Hendaya, como si fuera contrabandista.

Espera de la hospitalidad ancestral española de las personas de buena voluntad, para seguir conociendo un mundo distinto al suyo, pateando los caminos que se le vayan presentando. Va entrando el día cuando le llega el primer saludo, el de un

mendigo que en la plaza de Fuenterrabía le pide una limosna, por el amor de Dios. Ante el favor que le brinda el pordiosero de hallar gracia del Sumo Hacedor, le dio un par de monedas de cobre recibiendo del mendigo el deseo de esperanza en la misericordia divina.. Como convenía dejar Fuenterrabía lo antes posible, acepta la compañía de un buhonero, que dice va a San Sebastián.

En San Sebastián tiene ocasión de entrevistar a la famosísima Agustina Escudero, “la reina de los gitanos”. Surge el nombre de Ignacio Zuloaga, y hace referencia al retrato que de ella conoce.

Recorriendo la costa llega a Zarauz donde busca un lugar apartado para pasar la noche; escogió un frondoso árbol pero, al poco de coger el sueño, un fortísimo aguacero le forzó a buscar cobijo; no tuvo suerte, pues en tres casas que llamó en ninguna le abrieron; descubrió por un camino un cobertizo con paja en el suelo, y allí pasó la noche envuelto en una capa, a cuadros blancos y negros, que días antes había comprado a un pastor.

Pasó por Guetaria, mas no se detuvo pues espera dedicar el mayor tiempo disponible a Ignacio Zuloaga. En Londres, el embajador, don Ramón Pérez de Ayala, le aconsejó la visita para que, además de conocerle y ver su obra pictórica, le marcara un itinerario a través de Castilla la Vieja.

Es ahora cuando se produce la escena del encuentro, narrado en la carta. Resumiendo, escribe en la novela que tocó suavemente el aldabón de bronce de la puerta y entonces “un gigantesco perro lobo saltó hacia mí desde el rincón donde se hallaba descansando”. El intruso se retiró y, cual trovador, a manera de salutación, tocó al violín una antigua canción vasca. Antes de finalizarla se le presentó el propio Zuloaga con los brazos levantados, mientras dejaba escapar una ruidosa carcajada.

El encuentro, los saludos, y una larga conversación durante el almuerzo, son una delicia para ser leídos en la novela; suman once hojas. Habló de su vida, sus trabajos, le mostró el taller, sus cuadros y la gran colección de arte que reunió en su museo a lo largo de los años. Al despedirle, dándole buenos consejos respecto a los gitanos y el itinerario, marcó el camino de Loyola. Recorrida la casa de San Ignacio, marchó a Ezquioga para conocer las apariciones de Nuestra Señora, pues coincidió con una gran romería que allá se dirigía.

Con Lucas el gitano, compañero de viaje y de fatigas, marchó a Villafranca, a las corridas de toros. Tocando uno la guitarra y otro el violín les llovieron algunas pesetas sobre bandeja y pañuelo. Al día siguiente tomaron el tren hasta Zumárraga y de allí, de nuevo a Zumaya. Se les había unido Juanito, el picador, que andaba también de capea en capea. En esta villa la sociedad entró en crisis y no hubo más remedio para resolverla que la separación del torero. El gitano y el trovador marcharon a Deva.

En la plaza lograron unos buenos céntimos con los que pensaron calmar las voces del estómago que reclamaba algo sólido. El trovador se puso a la puerta de una taberna de donde salió un grupo jaranero que le dejó abundante calderilla. Cuando levantaron mesa los más rezagados, el tabernero fue caritativo con el violinista, quien tuvo la ocasión de comprobar que el bacalao que le sirvieron era comida de dioses, especialmente al estar sazonado con el hambre de un pícaro.

El gitano no tuvo tanta suerte, por lo que propuso marchar al cercano Motrico. Más fácil era esperar un mendrugo que le sacaran del cafetucho, que buscarlo en otro lado. Harto conocía el pueblo. Sentadas ante la puerta allí estaban “las tres muchachas de Motrico”, bien conocidas en la comarca pues algo de las mañas de Mari Tornes cebaban en sus pícaros anzuelos. De otros viajes ya sabía el gitano, por los mozos del pueblo y de los caseríos vecinos, que seguían arrastrando su soltería, pues no se sabía de mozo alguno que se hubiera atrevido a presentarse ante su madre con cualquiera de ellas vestida provocativamente, de rostro pintarrajeado y mirada insolente.

Pero la cabra tira al monte, y a la caída de la tarde, las faenas cumplidas, parece que a todos, pescadores y campesinos, les llamaban con campanillas y allí se presentaban a beber y regodearse en lo que pudieran y les dejaran. El padre, viudo desde hacía años, dejaba su barca hasta última hora, pues sabía que la clientela no faltaba al señuelo de sus hijas.

El irlandés, engolosinado por el vino y las miradas ardientes que la pequeña de las hermanas le dirigía, con alas que le dio Cupido voló tras ella hasta alcanzarla en un pasillo donde la besó y lucho con sus brazos, sintiendo quemazón de fuego por sus venas.

Al fondo del corredor un hombre de pelo negro, la tez cetrina, y echando rayos fulgurantes de odio por ver la pareja enlazada, le espantó de tal manera que el impulsivo rijoso huyó del campo amatorio.

Nuestro Walter Starkie, hombre leído, sabe que el árbol de Guernica, es el símbolo sagrado de la raza vasca. Allí se dirige y, en su honor, con el violín de acompañamiento, cantó *Guernikako arbola da bedein catuba...*

Marchó después a Bilbao donde tuvo ocasión de intercambiar lágrimas con un gallego –hermano celta- al interpretar con su violín la muñeira “Tantarantán que los higos son verdes”.

El Tío Anselmo, tal era su nombre, inició una contienda contestando con su acordeón. De vez en cuando sacaba su pañuelo para secarse las lágrimas mientras interpretaba sus cantares gallegos.

-Vamos, vamos, gruñía el gitano Lucas, pidan tres vasos de “rapiñé”, beberemos por su viaje a Castilla; el diablo se lleve a los dos con esos versos y sonos lacrimosos; parecen plañideras en un entierro, *goles e terenoro, ne apuran aos charos*. (el rebuzno del asno no llega al cielo)

Hilarante, y para mí de lo mejor del relato, es la descripción del viaje que realizó en un tren mixto desde Bilbao a Miranda de Ebro. Aldeanos, caseras, cestas de gallinas cacareando, patos graznando, pañuelos a modo de servilletas donde aparecieron salchichas, quesos, chorizos, botas de vino, botellas de aguardiente, ronquidos tras la comida, sopor y cansancio lo describe maravillosamente en ese viaje que le iba a dejar en la entrada a Castilla.

-----.

[1] Véase mi trabajo *Falla, Larreta y Zuloaga ante ‘La gloria de don Ramiro’*

-----.

Mariano Gómez de Caso Estrada.

Encargado del archivo del Museo Zuloaga.

Segovia julio de 2008.

